



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

50 años

años

Facultad de Ciencias Económicas
y Empresariales

Ekonomika eta Enpresa Zientzien
Fakultatea

Salvador Barberá Sandez

10.ª Promoción

Es Secretario General de Política Científica y Tecnológica, Ministerio de Educación y Ciencia.
Catedrático de Fundamentos del Análisis Económico, de la Universidad Autónoma de Barcelona

1. Los expedientados

A mediados de Mayo de 1966, Sarriko fue invadido por un grupo pacífico y heterogéneo de estudiantes: los expedientados. Una cuarentena llegamos desde Barcelona, y otros tantos desde Madrid. Nuestros anteriores rectores nos habían sancionado con un traslado de distrito por plantar cara al régimen, de un modo u otro, y el castigo consistía en un alejamiento: como sólo había tres facultades de económicas en España, y las otras dos eran exportadoras netas de revoltosos, acabamos todos en Sarriko.

El decano, Juan Echevarría, y los profesores, nos acogieron amablemente. No era cosa de irritar a tanto personaje sospechoso, y además creo que genuinamente les hizo cierta gracia aquella cosecha inesperada. Los estudiantes nos facilitaron la llegada y nos dieron una gran bienvenida. Los locales de acción católica de la Alameda de Mazarredo, acostumbrados a las reuniones de JEC, JIC y HOAC, se llenaron de personal distinto, igualmente ingenuo y bienintencionado, pero con otras raíces, alojado en literas, preparando exámenes y discutiendo con unos y otros las experiencias e ilusiones que nos habían llevado hasta ahí: la constitución del Sindicato Democrático de Estudiantes, la defensa de diversos profesores demócratas, y un sinnúmero de aspiraciones de cambio, vestidas de distintas formas según la extracción de cada uno.

En menos de un mes y medio, los expedientados tuvimos que adaptarnos a los programas de otra facultad, presentarnos a exámenes, viajar de un lado a otro. Algunos terminaron así sus carreras en la Universidad de Valladolid, a la que pertenecía entonces Sarriko, sin pisar jamás aquella ciudad castellana. Otros empezamos una experiencia de varios años, que nos permitió licenciarnos en la recién creada, poco después, Universidad de Bilbao.

Aquella nueva Facultad era bien distinta de la que habíamos conocido en Barcelona, ya entonces muy masificada y efervescente. El edificio, recién estrenado, era confortable y suficiente para el número de alumnos. Cada mañana se celebraba una misa en el hall. La Biblioteca, controlada por Brígida, era silenciosa. Los profesores, todos, iban a clase con toga. Las corbatas eran obligatorias para examinarse.

En la ciudad, ayas uniformadas paseaban a los bebés en cochecitos descomunales. En el casco viejo se poteaba y se comía de maravilla, y jugar al parchís en un café parecía una forma habitual de pasar la tarde en pareja. La ría se cruzaba en barca, y el puente de Deusto se levantaba una y otra vez, sobre todo si uno iba con prisas. No creo que ningún estudiante Erasmus pueda hoy sentir mayores sorpresas de todo tipo que las que nosotros experimentábamos en aquel Bilbao, donde, para que todo fuese distinto, las casas se construían con profusión de madera.

Y si este era nuestro shock, ¿qué no pensarían de nosotros los estudiantes invadidos? Aparte de darnos la máxima ayuda, nos recibieron con una mezcla justificable de curiosidad y prevención. No les faltaba razón: como se diría hoy, íbamos un poco «sobrados», con nuestras aureolas de revolucionarios sobre la frente, y cierta suficiencia académica. Uno de los estudiantes de la época, hoy presidente de la comunidad de Cantabria, me dijo hace poco con refinamiento que veníamos con mucho «pedigree». Sea como sea, muchos de nosotros, pasado el shock inicial, nos fuimos adaptando, y acabamos siendo parte de aquella facultad de amplio espectro, donde convivían los estudiantes vascos con los de Aragón, Cantabria, Asturias, Galicia y Castilla. Los forasteros nos acabábamos juntando en las pensiones, y viendo a los locales un poco de lejos. Una vez integrado, contribuí, en alguna medida, a que Raimón nos diera su primer concierto en el País Vasco, en un Deusto incrédulo de tanta libertad, y a organizar algún que otro esfuerzo de conexión con el resto de estudiantes que, cada vez más, iban preparando tantos cambios por venir, y con otros intelectuales y artistas.

¿Y el estudio? Aparte de las clases de euskera en el bar, con el recién aparecido Curso de Euskera Radiofónico, algo hacíamos, pero no es lo que más marca el recuerdo. Desde luego, tanto entre los expedientados como entre los que nos acogieron había muchas vocaciones académicas. Carmen e Inmaculada Gallastegui, Javier Galarraga, Carmen Muñoz, eran estudiantes entonces y son hoy profesores que han marcado la historia de Sarriko. Y entre los expedientados se cuentan muchos profesores de universidad, algunos dedicados a la economía, y otros que aprovecharon la circunstancia para cambiarse a la historia, las ciencias políticas o la sociología, que entonces sólo podían estudiarse en Madrid. Entre los primeros, Andreu Mas Colell, que fue profesor en Berkeley y Harvard antes de recalcar en la Universitat Pompeu Fabra, Francesca Antolí, catedrática de Historia Económica en la UB, Joan Clavera, catedrático de Economía Aplicada en la UAB, y muchos otros. Entre los segundos, Pere Gabriel y Paco Bonamusa, hoy catedráticos de Historia, Carlota Solé, de Sociología, o Joaquim Lleixá, de Ciencias Políticas. Otros expedientados siguieron carreras políticas tempranas, como Mercè Sala, que fue presidenta de RENFE o Carles Gasòliba, eurodiputado durante muchas legislaturas. En general, creo que nos expedientaron porque aspirábamos a una universidad que no podíamos reconocer en aquella que se nos ofrecía, y quisimos luchar por mejorarla.

Sarriko nos acogió con generosidad, y allí trabajamos relaciones perdurables con jóvenes que soñaban en lo mismo. Ninguno de los expedientados, excepto Enric Blasi, hicimos de Bilbao un hogar para siempre, aunque yo tuve después el privilegio de ser profesor en mi alma mater durante nueve años. Pero nuestro paso por Sarriko queda en el recuerdo de quienes, desde dentro o desde fuera, vivimos aquellos años intensos y esperanzados y compartimos, muchas veces sin llegarnos a conocer, tantos afanes que, en gran medida, hemos visto hechos realidad.

Terminé mis estudios en Sarriko en 1968, y volví, como profesor, a finales de 1977. Había cubierto algunas lagunas de formación en los EEUU, y después de dos años en la UAM tuve la suerte de obtener una plaza de profesor agregado. Sin haberlo previsto, Sarriko me ofrecía una segunda oportunidad. Esta vez, la llegada fue distinta. Las cosas habían cambiado mucho, el país estaba comprometido con el cambio democrático, y los miembros de mi generación veíamos abierto el cielo para soñar. Allí estábamos, en el mismo departamento, diversos colegas que, tras estudiar en los EE.UU. (Urrutia) o en Inglaterra (Gallastegui, Galarraga), volvíamos cargados de buenas nuevas. Y allí nos encontrábamos con otros compañeros, como Federico Grate, que, de forma más libre, también habían abierto sus mentes ante una realidad evidente pero aparentemente insospechada: que nosotros también podíamos hacer ciencia, además de comprenderla, que leer libros de otros no era el final, sino sólo el principio de un proceso de creación intelectual que no nos estaba vedado.

Sin saberlo, estábamos inmersos en el proceso de internacionalización de la ciencia española que cuajó, de forma irreversible, con el primer gobierno socialista. Pero, de momento, para nosotros, la experiencia era más íntima y personal: acabábamos de

aprender que desde Sarriko se podía producir investigación de nivel, que podíamos formar parte del mundo de la ciencia, publicar internacionalmente. Lo debíamos demostrar, y hacer partícipes de este descubrimiento a nuestros estudiantes. Resulta ingenuo, pero era así. Y durante años nos dedicamos a promover esta idea, que hoy parece tan sencilla. Cada año lográbamos mandar al extranjero a un estudiante: esta vez a Ignacio Zubiri (hoy catedrático en Sarriko), esta otra a María Jesús San Segundo (nuestra actual Ministra de Educación y Ciencia), más tarde a Inés Macho (hoy catedrática en la UAB), a Mari Paz Espinosa (hoy en Sarriko) o a José Luis Ferreira (de la Universidad Carlos III). Trabajábamos con ellos para que pudiesen saltar desde Bilbao a Princeton, Harvard, París o Evanston sin dificultades, y cosecharon sus éxitos, como antes de mi llegada ya lo había hecho Txema Usategui en UCLA. Y seguíamos también con aprecio otras trayectorias, como las idas y venidas de Gonzalo Rubio a Columbia y a Berkeley, de Aurora Alonso a Chicago y de Fernando Tusell a MIT...

Además, buscábamos nuestra inserción como Facultad en los circuitos internacionales. Creamos, con los compañeros de Barcelona, Madrid, Toulouse y Marsella la Asociación Sudeuropea de Economía Teórica (ASSET), que hoy se extiende desde Lisboa a Estambul, con el fin de demostrar que se podía investigar, y bien, al sur de París. Propiciamos algunas visitas memorables, entre las que quiero destacar el curso que impartieron Hervé Moulin y Louis-André Gérard-Varet: Sarriko es desde hace años cuna de buena teoría de juegos, y allí exactamente empezó todo. Editamos más de un centenar de working papers bajo el título de SEEDS, que después fueron publicándose en las revistas más punteras. Fundamos el Instituto de Economía Pública, donde mis colegas más aplicados, de cuyos trabajos vivíamos, me permitieron derrochar recursos en un programa de Master que multiplicó los envíos de jóvenes al extranjero. Las primeras promociones de aquel master, pasados por diversas universidades de los EE.UU., son hoy parte esencial del profesorado de la Facultad.

Esta es una historia muy parcial de lo que ocurrió en Sarriko entre 1977 y 1986. En una empresa tan amplia, cada uno aporta lo que tiene, y recuerda selectivamente aquello por lo que más se desveló. Me habría faltado evocar muchas otras cosas que dí y que recibí durante aquellos años, pero no quería dejar de mencionar aquello en lo que, a mi parecer, marcamos la diferencia: abrir nuestra Facultad a los vientos internacionales de la ciencia.

